

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

LA CALLE DE OBISPO

Por Federico Villoch.

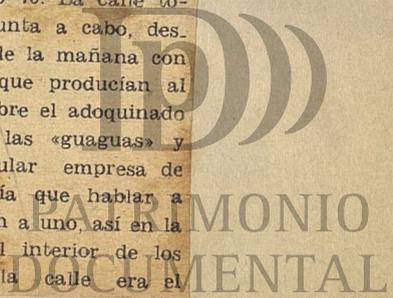
LAS antiguas calles de la Habana, unas se han transformado, mejorándose notablemente; otras, muy pocas, han desaparecido por completo. La Calzada de la Infanta, no había más de diez o doce años, tenía todo el aspecto de uno de esos caminos reales, no muy cuidados, por cierto, que conducen a los pueblos vecinos; y hoy es una avenida moderna, bordeada de magníficos edificios, que compite con las mejores y más antiguas de la ciudad. Los vendedores de terrenos a plazos tenían por aquella fecha que agotar el catálogo de su elocuencia para salir de sus lotes a precios en verdad bastante módicos; y hoy cuesta, como se dice, un ojo de la cara, adquirir en los propios sitios unas cuantas varas de terrenos; así fué dando salto la antigua Habana: de Prado a Galiano; de Galiano a Belascoain; de Belascoain a Infanta; de Infanta a... el tiempo lo dirá.

Pocas son como dijimos las calles de la Habana que han desaparecido por completo. La única de la que no queda ni rastro, aunque sí el recuerdo, es aquella que estuvo donde se encuentra hoy la que se conoce con el nombre de Progreso. Antro del vicio e inmundicia cloacal y material, enclavada en el centro de la Habana; y que algunos extranjeros de paso iban a visitar, comparándola con las más inmundas callejas de los barrios más tenebrosos y sucios de New York, París y Londres: la calle de la «Bomba», cuyo nombre hacía «explosión» frecuentemente en los más sonados sucesos policíacos de la época de la Colonia. Solamente hubieran podido describir las plumas vigorosas de Zola, Riasco Ibáñez, Dickens etc. Entre nosotros, el doctor Benjamín de Céspedes le dedicó algunas páginas acertadas, en su obra «El Vicio en la Ciudad de la Habana». Cuando Cirilo Villaverde la citó en su novela «Cecilia Valdés», como domicilio del violinista Pimienta, aún no había descendido al grado de corrupción y abandono a que llegó años más tarde.

Verdaderamente la Habana no ha cons- truido nuevas barriadas; sino que se ha

limitado a perfeccionar, ampliar e higienizar las que de antiguo formaban su topografía. No siendo la gran explanada del Capitolio y la Plaza de la Fraternidad, todo lo demás, en sus alrededores, se encuentra lo mismo como cantan en la zarzuela de Chapí— «Todo está igual, parece que fué ayer»—el día que lo vimos por vez primera...

La calle del Obispo, por ejemplo, ha sufrido serias transformaciones en los edificios que la componen; pero no en su trazado, que es el mismo de hace cincuenta años. Se le ha querido rebautizar con los nombres de Pi Margall; Weyltr y otros; pero siempre se le ha llamado y se le llamará la calle del Obispo. Los estudiantes de aquel tiempo, 1889, 90 etc., la recorriamos cuatro veces por lo menos al día, para ir y venir del Instituto de Segunda Enseñanza, cuya vetusta puerta de entrada del antiguo convento de los Padres Dominicos, encontrábase en la primera cuadra, entre las calles de Mercaderes y San Ignacio. Pero nuestra caminata cotidiana empezaba, para la mayor parte por lo menos, por el tramo que arranca de la calle de Bernaza, atravesando la pequeña plazoleta que aún no se denominaba de Albear, sino de Monserrate; y en la que se levantaban los panoramas y los «titeres de Soler», que eran los cines de la chiquillería de entonces; y aun de no pocos y respetables mayores que se solazaban contemplando las vistas que los incipientes cameramen de la época reproducían en colores, tomándolas de las principales revistas españolas y francesas: «La Ilustración Española y Americana» o «La Ilustración Parisiense», donde se publicaban numerosos e interesantes episodios de las guerras, relativamente de fecha próxima, de Oriente, entre rusos y turcos; y la sangrienta y desastrosa para Napoleón III, franco-prusiana del año 70. La calle toda se estremecía de punta a cabo, desde las primeras horas de la mañana con el ruido ensordecedor que producían al rodar a toda carrera sobre el adoquinado irregular de entonces, las «guaguas» y los «rippers» de la popular empresa de Estanillo. A veces había que hablar a gritos para que lo oyeran a uno, así en la vía pública como en el interior de los establecimientos; aquella calle era el



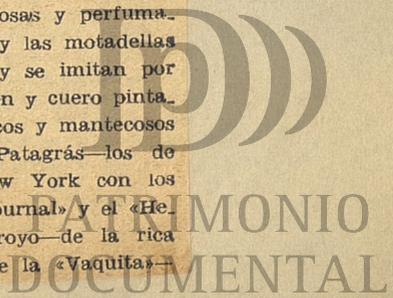
nervio «gran simpático» del organismo habanero; el torrente circulatorio que da vida a la capital de la isla; el negocio, la moda, el turismo, el flirt, todo se desbordaba por aquella calle estrecha y ruidosa.

Tal vez por la falta de este ruido parezca hoy en ciertos momentos la calle del Obispo una calle muerta. A derecha e izquierda dábanle a la vía fama de la más comercial de la ciudad, después de la de la Muralla, los establecimientos que en ella se levantaban; y cuyo recuerdo viene a acompañarnos amistoso, a los que los conocimos, cuando por esa vía transitamos actualmente. El primero era la librería de Pote; «La Moderna Poesía», en el mismo sitio casi en que se halla hoy; pero instalada en su principio a estilo de barraca de feria: de mostrador, unas cuantas tablas toscas y sin pintar, descansando sobre otros tantos burros de madera; y unos estantes contruidos del mismo modo, abarrotados de libros, por lo general viejos y casi todos comprados de relance. En la acera de enfrente y unos pasos más allá, la librería de Alorda, en la que se veía a Lanuza, Zayas, Varonaá Carlos de la Torre, registrando afanosos en las tongas de obras y revistas que obstruían la pequeña sala del establecimiento. La casa de música y almacén de pianos de Anselmo López. La primera quincallería de Hierro y Mármol; y después la del Bosque de Bolonia que aún no se había corrido hasta la esquina de Compostela. La visitada y popular casa de cuadros de Quintín Valdés, donde Armando Menocal, pensionado de la Diputación Provincial, en el extranjero, exhibía sus primeros trabajos—uno de ellos «Los Mosqueteros»—y los hermanos Chartrand, Sanz y Miguel Arias sus bellísimos paisajes cubanos: La Habana entera desfiló entonces por aquella sala ante una copia litográfica de gran tamaño del célebre cuadro de un artista parisiense en el que se reproducía la famosa sesión de La Cámara Francesa en que Gambetta y otros políticos de renombre rindieron un homenaje de desagravio al viejo estadista Mr. Thiers, atacado duramente por los opositoristas del momento. También era notable en aquella sala una exposición que había de «Desnudos Artísticos», debidos al correctísimo lápiz del dibujante catalán Eusebio Plana, de gran auge entonces, cuando la línea y la corrección significaban algo en la pintura.

Al lado de Quintín Valdés hallábase la renombrada litografía de Don Elías Casón; y en la acera de enfrente, la casa, no menos conocida, de «Pedregal», donde se vendían semillas de las más variadas plantas; y se exhibían grandes y vistosos bouquets de tulipanes, claveles, jazmines y otras flores: Padregal, un hombre apacible, fresco y lozano como los productos que vendía. El establecimiento de modas de «Madame Puchau», la por entonces única, o por lo menos, la más conocida representante y divulgadora en la Habana de las elegantes modas de París y que murió de apendicitis, cuando se confundía ese mal con «colico miserere».

Bajando la calle a la derecha, y a la medianía de ella, durante mucho tiempo existió una gran sala donde estuvo instalada una especie de «Bazar Turco» con sus «Mamainas» y también «Solimanes» de todas las edades, destacándose algunas huríes de bello rostro y ondulado cuerpo que hacían las delicias de los inofensivos jóvenes sultanes de la época.

Vendían tapices, jarrones, jabones turcos y frasquitos de esencias diversas: un sutil perfume de harén flotaba en el ambiente. Era la época en que estaban de moda las novelas de Pierre Loti, «Aziyadé», «Madan Crisantemo», etc. En la esquina de Compostela alzábase el famoso «Colegio Francés», para señoritas en cuya amplia casa ocupaba un departamento, donde daba sus consultas, el ilustrado doctor Montaner, tan conocido y apreciado de la alta sociedad habanera. El entonces muy concurrido y ruidoso a todas horas, café «Europa», de donde sacó el periodista Luis Bonafaux su célebre novela satírica «El Avispero»; y en la esquina de enfrente «La Primavera de Aguiar», popular almacén al detall de víveres finos visitado por numerosas personas pudientes y de buen gusto que iban a surtir allí de una galleta especial que fabricaba el establecimiento, «grandes como panderetas»; del rico y verdadero jamón gallego—hoy el americano que lo imita sabe a carne salada de Chicago—de las sabrosas y perfumadas longanizas de Vich y las motadellas de Milán y Génova—hoy se imitan por ahí con trocitos de cartón y cuero pintados de rojo—de los frescos y mantecosos quesos de Gruyere y Patagrás—los de hoy se fabrican en New York con los ejemplares viejos del «Journal» y el «Herold», recogidos del arroyo de la rica mantequilla asturiana de la «Vaquita»—



3

en esto si se hán lucido los camagueya- nos con la suya—y en fin, de una nume- rosa y exquisita variedad de artículos ali- menticios de primera clase, que las mo- das y las competencias han ahuyentado lentamente de nuestra plaza.

Doblando a la derecha, según se baja- ba la calle, por la citada de Aguiar, an- tes de llegar a Obrapia, hallábase aquel nombrado establecimiento de ropa he- cha «El Bazar Inglés», del popularísi- mo Paco Cuesta, «guia e introductor de embajadores» de cuantos toreros venían o pasaban por la Habana: Mazzantini, Guerrita, «El Habanero», «Hermosilla», «Minuto», «Lagartijo», «El Marinero», etc. etc. Cuesta y su colega Inclán, el de «Mi Sostre», de San Rafael, no faltaban a una corrida de toros, formando en uno de los tendidos de sombra con Paco de Oro—Paco Días, de La Unión—el poeta euskaro, Faustino Diez Gaviño, Azcue, Robillot y otros, ese grupo alegre de afi- cionados donde entre bromas y risas, se bebe; se canta; se silba; se aplaude; y se toma manzanilla a pasto, nota simpática sin la cual resultan las corridas extrema- damente sosas y faltas de carácter. No estaba el «Bazar Inglés» en la calle del Obispo, precisamente, pero gran parte de sus visitantes venían por ella, y le com- unicaban su movimiento.

Esos dos tramos de Aguiar hasta Amargura venían siendo como un des- viadero de la calle del Obispo, volvién- dose a encauzar el tránsito por ella una vez que la concurrencia había realizado sus compras en el «Bazar», o llevado a cabo sus operaciones económicas en el «Banco Español», allá en la esquina de Amargura. Casi en la esquina de Aguiar y Obispo hallábase también el por aque- llos tiempos nombrado colegio de prime- ra y segunda enseñanza «La Gran An- tilla», del doctor Gil, cuyos numerosos alumnos llenaban aquel sitio de anima- ción y alegría. En la acera de enfrente, casi al lado del «Bazar Inglés», hallá- base la cómoda y ventilada mansión es- tilo colonial, morada del prócer Don Manuel Calvo, a cuya puerta veíanse lle-

gar a menudo coches blasonados, perte- necientes al Gobierno: la segunda Capi- tanía General, como la llamaba la gente. En la esquina de Aguiar y Obrapia, acera de los impares, vivió y tuvo mucho tiem- po su residencia y consultorio médico el doctor Anastasio Saaverio, cuyo tiburí, en el que recorría la ciudad, veíase en el amplio zaguán de la casa.

Volviendo a Obispo, y dejando a nues- tras espaldas la calle de Aguiar nos en- contramos con «La Gloria Literaria», li- brería de los herederos de Don José dei Pozo, donde por largo tiempo estuvo ins- talada la administración y redacción del semanario «El Figaro», hasta que más tarde se trasladó, cuando ya tuvo impre- ta propia y redacción estable, para el tramo comprendido entre Villegas y Com- postela, a la entrada de cuyo estableci- miento siempre se veía un grupo de sus jóvenes y animosos colaboradores—entre ellos Zerep, el eterno Don Juan—elo- giando con piropos del más fino e inge- nioso corte a las bellas damas que acos- tumbraban a pasear la calle, a pie, por aquella época clientas elegantes y esco- gidas de las tiendas de ropas y modas que prestigiaban la calle con sus fas- tuosas instalaciones: «La Granada»; «Le Printemps», «Dubis», «La Francia», «La Villa de Paris» etc. Las aceras de la calle eran tan sumamente estrechas—y con- tinúan siéndolo—y las bullangueras y destartaladas guaguas de Estanillo cru- zaban tan rápidas y pegadas a los con- tenes de ellas, que las personas un poco gruesas tenían que comprimirse contra las paredes para no ser arrolladas u opri- midas, o que correr a toda prisa huyendo a refugiarse en las puertas que se les ofreciesen más próximas, lo que era mo- tivo en algunos casos de bromas y de risas. Desde entonces regían ya despóti-



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

4

cos los futuros chéveres, en forma de rústicos guagüeros, sobre los indefensos transeúntes.

Un recuerdo viene a la mente del postalista. Un día que había llovido mucho y en que el agua fangosa corría como un desbordado río por el arroyo de dicha calle, venía por una de las aceras el cultísimo periodista Don Luciano Pérez de Acevedo, director del DIARIO DE LA MARINA, como era su costumbre, correctamente vestido de blanco, en los momentos en que un chiquillo de diez o doce años, montado en una bicicleta, cruzó junto a él, salpicándolo y llenándole de lodo el nítido traje que vestía. Don Luciano, que era la parsimonia en persona, no pudo sin embargo, ante aquella irrepetuosidad, dominar un desahogo de su alma; y gritó airado y elevando los brazos al cielo:

—¡Herodes! ¿Dónde estás, Herodes?...

En la esquina de Cuba existía entonces el gran almacén de paños «La Diana» de Don Angel Arcos, tipo rancio del español chapado a la antigua, de bigote y pera a lo Fernando de Córdova; y sin embargo, tan demócrata y afable con todos los transeúntes. La acreditada sastrería y camisería de Arriaza y Selma—este muy conocido y popular, hoy taquillero del «Alcázar»— en el número 63 se instaló más tarde el conocido establecimiento del propio giro «La Sociedad», de los hermanos Fargas; y también las famosas, entre las más elegantes de entonces, sastrerías de Máximo Stein y de Mella, ambas sastrerías especializadas en fracs y smokings de moda. Frente a Instituto, lle-
na siempre de estudiantes del mismo, había la dulcería «El Angel»; y a unos metros de distancia, la aristocrática paselería de Blazy que surtía a los banquetes y combites de la época. Pasada la calle de Mercaderes, frente al costado derecho del Ayuntamiento, el Banco

«Bances Conde», y el célebre y siempre concurrido cafesito «La Mina» donde mediano Habana se deleitaba con los sabrosos refrescos de cebada y horchata que vendía.

Años después de constituida la República, Rambla y Bonza, antiguos y queridos empleados en la imprenta de «La Discusión», de Coronado, se instalaron en la esquina de San Ignacio, donde en lo adelante imprimió la Gaceta Oficial a ellos adjudicada; y empezaron a tomar la vida aquellas reuniones de conocidas personalidades habaneras que se efectuaban en un ángulo a la entrada del establecimiento; de las que recordamos a Gastón Mora, Gabriel Camps, Herrera Sotolongo, Bouza, constituyendo la simpática peña una de las notas más características de la calle del Obispo, pos-pública. Cuando luego le señaló su hora, el edificio fué devorado por las llamas con gran pesar de los numerosos amigos de Bouza; y hoy al pasar y ver aquellos escombros, muchos recuerdan la oda de Rodrigo Caro: «Estos, Fabio, ¡ay! dolor, que ves ahora»...

¡La calle del Obispo! era una calle típica de los trópicos; alegre, excitada; con algunos tenderetes casi sobre las aceras; bulliciosa; caldeaba por una atmósfera ambarina de oro en polvo, que tamizaba el sol a través de los toldos de lona que cubrían la vía en toda su trayectoria. Hoy, a causa de los altos edificios que la bordean, apenas descienden el sol a hacerle un modesto saludo. Por su elegancia, recuerda la Rue de la Paix de París; la calle Fernando de Barcelona; la Carrera de San Jerónimo de Madrid; la calle de la Sierpe de Sevilla; o algunos de esos pasajes comerciales y concurridos, que tanto abundan en New York y otras capitales del mundo. Hoy es una calle «standard». Pero aquella... Por la mañana precedía a los transeúntes, en aquellos tiempos, el Batallón de Voluntarios encargado de relevar la Guardia de Palacio; y el cual bajaba la calle tocando su banda de música, por lo común, el alegre y chulesco pasacalle de «Niña Pancho», aquella jacarandosa madreleña de nuestras mocedades del teatro «Albisu»:

que era cigarrera
maestra de los labores,
y se crió en la calle
tan renombrada
de Embajadores...

PATRIMONIO
DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

SM
Nov 13/38